

Anboto: paisaje y mito en la morada de la diosa vasca de las montañas

Anboto: landscape and myth in the dwelling of the Basque goddess of mountains

María Constanza Ceruti¹

Resumen: El monte Anboto (1331 m) corona una cresta montañosa del noreste de España, a cuyos pies se ubica el santuario de Urkiola, uno de los más importantes centros de peregrinaje vascos. La cima del Anboto es visitada por montañeros y corredores, y evitada por algunos caminantes y pastores, que la consideran peligrosa. La mitología vasca la identifica como morada principal de Mari, una antigua deidad femenina vinculada con la hechicería y la fertilidad. El presente trabajo procura ahondar en la comprensión de la montaña sagrada vasca desde la experiencia en el terreno en la Sierra de Anboto, a través de una mirada antropológica que tiene en cuenta la relación con el peregrinaje cristiano, las presencias y ausencias de elementos rituales en el paisaje de altura, la apropiación recreativa, deportiva y religiosa del ámbito montañoso. La vigencia de la figura de Mari es analizada en las prácticas rituales y discursivas vascas, tomándose en cuenta también su impacto en el folclore de los Andes sudamericanos.

Palabras clave: montaña sagrada, Anboto, santuario de Urkiola, mitología vasca, folclore andino

Abstract: Mount Anboto crowns a majestic mountain ridge in northeastern Spain. At its base is the Urkiola sanctuary, one of the most important centers of Catholic pilgrimage in the Basque world. The top of Anboto is visited by climbers and mountain runners, at the same time that it is avoided by some walkers and shepherds, who consider it “dangerous”. Folk narratives identify this summit as the main dwelling place of Mari, a telluric female deity linked to witchcraft and fertility. This paper seeks to deepen the understanding of the Basque concept of sacred mountain from the field experience in the Sierra de Anboto, through an anthropological perspective that takes into account the relationship with Christian pilgrimage centers, the presences and absences of elements in the landscape, as well as the recreational, sportive and religious appropriations of the mountainous territory. The validity of Mari in Basque ritual and discursive practices is analyzed, taking also into consideration her impact on the South American Andean folklore.

Key words: sacred mountain, Anboto, shrine of Urkiola, Basque mythology, Andean folklore

Introducción

La Sierra de Anboto se levanta en el corazón del Duranguesado de Biskaia, en el País Vasco, al noreste de la península ibérica. Se trata de una región que custodia numerosos elementos de importancia religiosa, que atañen a su patrimonio prehistórico, medieval, gótico, renacentista y barroco, así como una vibrante mitología rural que vincula a entidades femeninas con la hechicería y las montañas.

¹ Constanza Ceruti es investigadora del CONICET y Profesora Titular en la Universidad Católica de Salta. Graduada en la Carrera de Antropología y Arqueología de la Universidad de Buenos Aires, se doctoró en Historia en la Universidad Nacional de Cuyo. Correo: constanza_ceruti@yahoo.com

Del siglo III AC se conserva el llamado “ídolo de Mikeldi” una figura zoomorfa esculpida en piedra que data de la Edad del Hierro y se que asemeja a otros “toritos” hallados en el mundo ibérico, con la salvedad que en territorio vasco son denominados coloquialmente como “cerditos” (Figura 1). En el casco histórico medieval de la aldea de Durango, los turistas visitan la casa-torre de Lariz, palacio urbano renacentista del siglo XV donde pernoctó Isabel la Católica. La Basílica de Santa María de Uribarri, monumento nacional del siglo XV, cuenta con el pórtico más grande del país vasco. También se destaca un crucero gótico declarado monumento histórico artístico, que se encuentra alojado en el museo Kurutzesantu.

En lo que respecta al patrimonio intangible, es menester subrayar la estrecha vinculación del monte Anboto con Mari, la diosa femenina de las montañas vascas. Su figura ha sido objeto de temprana atención académica: ya a mediados del siglo XX, etnólogos italianos advirtieron en el folclore vasco las “trazas de un ser supremo femenino” (Bausani 1956); además, se llegó a interpretar a Mari como pervivencia de una diosa neolítica (Everson 1989). Mari aparece analizada en el Diccionario Mágico Vasco (Garate 1952) y ocupa un lugar destacado en los textos del sacerdote etnógrafo José Miguel de Barandiarán. También existen antecedentes de artículos que analizan el papel de Mari como divinidad de las montañas hacedora de tormentas (Arana 1998) e incluso un manuscrito donde se la compara con mitos relacionados a Hécate (Beitia Dorado 2014).

El presente trabajo procura ahondar en la comprensión de la montaña sagrada vasca (y el impacto de su mitología en el mundo andino) mediante el ascenso y travesía en la Sierra de Anboto, abordados desde una mirada antropológica que tiene en cuenta la apropiación recreativa y ceremonial del terreno montañoso, la contigüidad con centros de peregrinaje cristianos, las presencias o ausencias de elementos religiosos en el territorio y la vigencia de la deidad femenina Mari en el imaginario colectivo y el relato popular. La variabilidad en los datos reunidos incluye testimonios etnográficos espontáneos, toponimia, folclore y aspectos de la mitología y el culto, relevados en las experiencias de campo y la investigación bibliográfica.

El santuario de Urkiola

A los pies del macizo del Anboto se yergue el Santuario de Urkiola, un importante centro de peregrinaje que funciona desde hace siglos como el máximo referente espiritual de Biskaia. Coloquialmente se lo conoce como “el Santuario de los Antonios” y se dice que a su predio acuden mujeres jóvenes (y otras no tanto), con la esperanza de “conseguir novio o marido”.

Era aún de madrugada cuando llegué al santuario de Urkiola para iniciar desde allí mi ascenso a la cumbre del monte Anboto. La iglesia estaba cerrada y la ausencia de peregrinos me permitió cumplir discretamente uno de los ritos populares más arraigados: dar tres vueltas al “meteorito” (Figura 2). El mentado “meteorito” es un lito de incierta procedencia y regular tamaño que se encuentra exhibido en un área de jardines frente de la iglesia. Está alojado al interior de un espacio señalado por una circunferencia, que invita a la circunambulación ritual. Las creencias populares vascas sostienen que “*si se dan tres vueltas al meteorito es posible encontrar pareja*”.

En la soledad de un amanecer tormentoso, recorrí las diferentes ermitas que forman parte de un Vía Crucis en las inmediaciones del templo. También pude admirar una antigua nevera, utilizada siglos atrás para acumular el hielo extraído de las montañas vecinas (Figura 3). Asimismo, transité a pie el camino procesional que atraviesa un frondoso bosque hasta un balcón con tres grandes cruces, que ofrece una vista panorámica hacia los picos más abruptos del Anboto (Figura 4).

Desde el privilegiado emplazamiento frente a la montaña sagrada, presencié una tormenta eléctrica con truenos y fuertes descargas eléctricas, que me hicieron replantearme la ascensión prevista para aquella jornada. Recordé relatos folclóricos en los que la diosa de las montañas vascas suele manifestarse a través de rayos y centellas y aquellos en los que Mari no escatima recursos a la hora de mostrar su enfado frente a los símbolos de la cristiandad. Pensé que tal vez mi breve peregrinaje hasta el mirador con grandes cruces había ofendido a la Dama del Anboto. Mentalmente, le pedí disculpas: la tormenta pasó tan raudamente como había llegado.

El monte Anboto

La sierra de Anboto se extiende como una columna vertebral orográfica, cuyas abruptas cimas calcáreas emergen de la tupida foresta vasca. Sus laderas calizas tienen la característica de estar repletas de fósiles. El contraste entre el verdor de la vegetación y las rocas desnudas de color claro llamó la atención de Alexander Von Humboldt en las descripciones que hizo de estas montañas hace más de dos siglos.

El Parque Natural Urkiola rodea al santuario homónimo y es conocido coloquialmente como “la suiza vasca”. Los montes de este rincón de Euskadi albergan diversidad de especies arbóreas, incluyendo robles, alisos, fresnos, abedules, hayas y encinas cantábricas (Ried Luci 2015). La fauna comprende buitres leonados, corzos, jabalíes, tejones, tritones, salamandras y ranas (Muro 1997). En la caminata de acercamiento me llamaron la atención las hayas “trasmochas”, taladas para fabricar carbón, varias décadas atrás.

La escalada desde la base hasta la cima del Anboto me llevó alrededor de una hora y media, además del tiempo necesario para atravesar los seis kilómetros de pastizales que separan al monte del santuario de Urkiola. Durante el ascenso por las empinadas laderas forestadas, resonaban en mi mente las descripciones de un “paso peligroso” que me esperaba antes de la cumbre. Montañistas vascos con quienes había escalado previamente en los Picos de Europa me habían comentado acerca del terreno abrupto que precede a la cima del Anboto. Un pastor local, que cuidaba sus vacas en las inmediaciones del monte me había advertido que él evitaba la escalada por el temor reverencial que le despertaba esta montaña. En efecto, alcanzar la cima requiere superar un breve tramo de cresta rocosa desnuda, de apariencia algo expuesta (Figura 5). Dicho paso, sin embargo, resultó sencillo, seguro y más breve de lo previsto.

La cumbre del monte Anboto alcanza los 1331 metros sobre el nivel del mar. Se trata de una dorsal rocosa angosta, que extiende por unos veinte metros, ofreciendo un panorama espectacular (Figura 6). La vista se ve realzada por los precipicios característicos de la ladera opuesta de la sierra. El punto más elevado ostenta un distintivo buzón de metal con forma de hacha clavada en un tronco, el cual se utiliza

para dejar testimonios de ascensiones deportivas (Figura 7). Fue instalado por un club de montañismo hacia 1974 o 1975, al igual que en otras montañas emblemáticas del País Vasco. No se observan cruces ni imágenes de la Virgen, que sí aparecen frecuentemente en las cimas de los montes pirenaicos (véase Ceruti 2018).

Durante una permanencia de aproximadamente una hora en la cúspide del Anboto contabilicé a cuatro personas, incluyendo un corredor y una corredora de *trail-running*. Un montañero local de mediana edad, que no parecía estar entrenando ni corriendo carreras, entabló una muy interesante conversación. Tenía licencia de su trabajo como maestro en una de las aldeas vecinas y aprovechaba para dar largos paseos por las montañas cercanas. Me invitó a acompañarlo en el descenso por una ruta alternativa, que resultó mucho más larga que la del santuario de Urkiola. De camino visitamos la famosa fuente de Pol-Pol, cuyo nombre onomatopéyico remite a las aguas que de ella brotan, de composición ferruginosa y distintivo color rojizo (Figura 8). Los lugareños se trasladan varios kilómetros a pie para beberlas, con el fin de prevenir la anemia. La apariencia de esta fuente y su articulación espacial con la emblemática montaña me recordó el caso de la llamada “fuente del Grial”, situada a los pies de la colina sagrada de Glastonbury, en Inglaterra (véase Ceruti 2015).

Acercándonos a la base del macizo, atravesamos las famosas minas de Atxarte, cuyas canteras se encuentran actualmente abandonadas. El caminante montañero refirió que en su juventud había sido testigo de la desafiante resistencia de compañeros escaladores, quienes llegaron a colocar hamacas en la pared rocosa para dormir colgados, confrontando a la policía y a los mineros a través de sus prácticas de activismo ambientalista. Por otra parte, al pasar frente a una ermita dedicada a un santo católico recordó que cuando eran niños, él y sus amigos acostumbraban sustraer las monedas allí ofrendadas para comprar golosinas en la aldea (Figura 9). Pese a la protección ofrecida por las rejas, lograban su cometido usando palos con chicles pegados estratégicamente en la punta.

En las inmediaciones se ha dedicado una placa en homenaje a la memoria de José Miguel de Barandiarán, un sacerdote etnógrafo que frecuentó el paraje en los años sesenta para sus reconocidos estudios sobre la mitología vasca. Numerosas páginas de sus escritos fueron dedicadas a Mari, la deidad femenina de las montañas. Ciertamente, la Serranía de Anboto adquiere aún mayor prominencia y majestuosidad al ser observada desde esta vertiente (Figura 10).

El paisaje que rodea al monte Anboto reconoce una formación rocosa llamada “el puente de los Gentiles”. También se identifica a la cueva de Baltzola como morada de Sugoi, la serpiente gigante amante de Mari. En otra conversación, un aficionado a la historia vasca me explicó que dicha serpiente mitológica habría “embarazado” a una “princesa del norte de Europa” en la aldea costera de Deba, dando así origen a la nobleza vasca.

Por su parte, el poblado medieval de Elorrio, famoso por sus palacios barrocos y renacentistas, también se encuentra enclavado en un paisaje dominado por el monte Anboto y el vecino monte Udalaiz o Mondragón. De particular interés arqueológico es un yacimiento situado a dos o tres kilómetros del poblado, sobre las faldas boscosas de un cerro. Se trata de la necrópolis de Argiñeta, que data del siglo VIII, según me lo refirió una anciana residente en la zona. El cementerio cuenta con antiguos sepulcros de

piedra señalados por las típicas lápidas vascas de piedra grabada (Figura 11). Este sitio de función funeraria se encuentra emplazado en un balcón natural que ofrece una vista panorámica extraordinaria hacia la Sierra de Anboto y el pico Mondragón

Consideraciones

El esbelto pico Anboto es la principal morada de Mari, una entidad mitológica femenina que regula las montañas de todo el País Vasco. Mari es descrita como una mujer joven, de larga cabellera rubia, que se peina con un peine de oro y un espejo de plata. Aparece habitualmente sentada en la puerta de su cueva, desde donde seduce a los pastores incautos (Ortiz y Garagalza 2005). Quienes intentan escapar de su embrujo terminan perseguidos por cuervos; aves con las que esta diosa parece tener particular afinidad (De la Fuente 1991). Las nubes que envuelven a los picos en días brumosos y ventosos son indicio de que Mari “está en la cocina”. Cuando hay tormenta, se dice que Mari “está con su amante”, un ser serpentiforme que habita asimismo en las cavernas montañosas.

Mari mora alternativamente en las cumbres más abruptas de Euskadi, incluyendo el monte Txindoki (Ceruti 2014) y el pico Aketegui en el macizo de Aizkorri (Ceruti 2020a). La deidad es conocida popularmente como “la Dama del Anboto” y considerada también como “la guardiana del parque Urkiola”. El paisaje kárstico de la sierra cuenta con cuatrocientas cuevas, incluida la Cueva de Mari, identificada en el folclore local como la morada principal de la diosa. No suele ser visitada, ya que su acceso requiere superar un paso de escalada con alguna complejidad.

En términos generales, el folclore vasco abunda en coloridas leyendas vinculadas a seres sobrenaturales femeninos. En cuevas, dólmenes y espesuras del bosque se conserva vivo el recuerdo de las hechiceras o “*sorginas*” perseguidas por la Inquisición (Ceruti 2011). Las ninfas o “*lamias*”, habitantes de lugares húmedos, son también parte de la cohorte de entidades que acompañan a Mari.

El papel de Mari como deidad de la montaña se ve reforzado en la veneración que algunos pobladores vascos le rinden, aún en nuestros días. El montañero local con quien compartí el descenso del Anboto me explicó que su madre es pastora y suele hacer ofrendas de comida a Mari para pedir por buen tiempo, buena fortuna y la prevención de accidentes. En el mundo andino, las ofrendas de alimentos a la Madre Tierra se realizan al menos una vez al año, al iniciarse el mes de Agosto, en tanto que las libaciones o *challas* a Pachamama son cotidianas y preceden a casi toda ingesta de bebida. Sin embargo, estas formas casi-universales de culto ya casi no se practican en el mundo ibérico, en virtud del progreso tecnológico y la avanzada secularización. De allí que resulte tan inusual como valioso el dato etnográfico que nos revela que aún hoy día se ofrecen alimentos a Mari en contextos pastoriles a los pies del monte Anboto.

Los relatos vascos advierten que Mari “emboba” a los pastores mientras peina su larga cabellera rubia sentada en la puerta de su cueva. En versiones andinas de la leyenda, documentadas personalmente en el norte argentino, la “sirena” de rubios cabellos se peina al borde de lagunas de altura, o se aparece en las angosturas rocosas de las quebradas, llegando a enloquecer a los pastores que la descubren. En un recóndito rincón de los Valles Calchaqués, mientras acampábamos junto a una laguna de alta montaña en las faldas del Nevado de Chuscha, un baqueano me comentó acerca de una mujer “rubia” que “se peinaba” al borde del espejo de agua, y de un pastor local

seducido por su inusual belleza, quien terminó ahogado al intentar acercarse a ella. Asimismo, en parajes poco accesibles de la Quebrada de Humahuaca -donde a fines del siglo XX aún no había teléfono, televisión ni turismo- los ancianos pastores hablaban, con una distintiva mezcla de fascinación y temor, acerca de la “sirena” con la que se habían “topado en el angosto”, afortunadamente, “sin perder la cordura”. En los relatos andinos no deja de llamar la atención la cabellera rubia que la seductora mujer lleva suelta; una característica atípica entre las campesinas lugareñas, cuyas trenzas azabache van prácticamente ocultas debajo del pañuelo y el sombrero. La etnografía andina deja en evidencia que la figura de Mari ha sido tempranamente introducida en las montañas sudamericanas, de la mano de conquistadores, misioneros e inmigrantes de origen europeo.

La antigüedad precristiana de Mari se pone de manifiesto en el proverbial disgusto que la deidad demuestra en los relatos vascos, frente a los elementos representativos de la cristiandad. Su rechazo explícito se remonta a aquella legendaria ocasión en la que la energética mujer con “patas de cabra” se ofendió gravemente cuando su esposo, el caballero Don Diego de Haro, se persignó al momento de sentarse en la mesa: Mari tomó a su hija bebé en brazos y saltó por la ventana, huyendo a la montaña para no volver a ser vista por años (Ceruti 2014). De un pastor que colocó cruces en una cueva, se dice que fue espantado por Mari a través de cuervos que lo acosaban repetidamente, diciéndole “que quite esas cosas de allí” (De la Fuente 1991). También se cuenta que “las lamias con pies de pato”, fieles acompañantes de Mari, fueron eventualmente “desterradas por el Evangelio”, de las húmedas cuevas donde se ocultaban.

El discurso de los vascos resulta ambivalente en lo que atañe a la percepción de Mari como hechicera. Los relatos orales que he escuchado refieren que fue llevada a la iglesia contra su voluntad, atada y arrastrada por un carro de caballos... tal como era frecuente en los procesos inquisitoriales. Su capacidad de trasladarse por el aire también la identifica con la imagen característica de las brujas desplazándose en sus vuelos. Inclusive la habilidad de Mari para transformarse en “una bola de fuego” puede ser entendida como una alusión a la quema en la hoguera de las mujeres acusadas de hechicería. Sin embargo, cuando he preguntado abiertamente al respecto, la respuesta ha sido siempre tajante: “*Mari no es una bruja; es una dama*”.

El estudio comparativo de montañas sagradas europeas permite advertir que la mitología relativa a hechiceras femeninas suele aparecer anclada orográficamente en torno a picos abruptos y prominentes. Tal es el caso del macizo alpino de Sciliar (Ceruti 2020b) y el monte Catinaccio de Antermoia (Ceruti 2017), ambos en las Dolomitas italianas, y de los afloramientos kársticos en el monte Ucka, en Croacia (Ceruti 2020c). La asociación se recrea aún más íntimamente en la región pontina de la provincia italiana de Latina, donde se identifica a la cima del monte Circeo con la “nariz” de Circe, la mítica adivina que sedujo a Ulises (Ceruti 2019b).

La ubicación de los grandes santuarios católicos en Euskadi parece orientada hacia una cristianización de espacios geográficos asociados con la diosa vasca de las montañas. A los pies del pico Anboto se ha construido el imponente santuario de Urkiola; en tanto que el también monumental santuario de Arantzazu ha sido erigido en la base del macizo de Aizkorri, cuyo pico Aketegui es reconocido como otra de las moradas favoritas de Mari.

Aketegui ostenta un hito geodésico pero carece de cruces, imágenes de santos u otros elementos de carácter religioso asociados al culto cristiano, que son frecuentes en casi todas las cumbres del sistema ibérico y los Pirineos (Ceruti 2018). En la cima del Anboto tampoco hay ninguna cruz, sino tan solo un buzón para la colocación de testimonios de ascensos deportivos. La ausencia de cruces y demás símbolos católicos se repite en aquellos montes vascos considerados morada de la deidad telúrica precristiana, a la que aún hoy en día se procura no importunar.

Conclusiones

La abrupta cumbre del monte Anboto es considerada como la morada principal de Mari, una antigua deidad femenina de las montañas vascas, vinculada con la hechicería y la fertilidad. Si bien se dice que Mari mora también en las cimas de los montes Txindoki y Aketegui, se la conoce principalmente como “la Dama del Anboto”.

Una angosta y rocosa quebrada conduce a las alturas del macizo de Anboto, atravesando yacimientos mineros, espesos bosques, majestuosas paredes kársticas y hasta una fuente de aguas ferruginosas. La cumbre de la montaña es visitada por escaladores y corredores de largas distancias; aunque también es evitada por caminantes y pastores, que la consideran excesivamente abrupta y potencialmente peligrosa.

La cima del Anboto carece de cruces, imágenes de vírgenes y otros símbolos que pudiesen resultar irritantes para la diosa precristiana. Las entrevistas informales con pobladores rurales de la zona revelan que Mari todavía recibe culto, a través de la presentación doméstica de ofrendas destinadas a pedir por buen tiempo, la multiplicación del ganado y la prevención de accidentes.

La entidad telúrica femenina que deslumbra a los pastores vascos mientras peina sus largos cabellos rubios, también ha llegado al mundo andino. En el norte de Argentina, los relatos folclóricos revelan que ha sido vista peinándose junto a la laguna del Nevado de Chuscha, en los valles Calchaquíes. La “sirena” de rubios cabellos también se ha dejado ver en los pasos más angostos y rocosos, según lo manifestado por ancianos que custodian rebaños en remotas quebradas subsidiarias de Humahuaca.

La fertilidad de los animales y el culto a los ancestros, articulados íntimamente con la veneración a Pachamama en los Andes, se constituyen también en soportes simbólicos de la importancia de Mari en el mundo vasco. En Euskadi, el monte Anboto se localiza en las inmediaciones de la aldea de Durango, que incluye en su patrimonio arqueológico manifestaciones religiosas prehistóricas como el famoso ídolo de Mikeldi, asociado con la fertilidad del ganado (otro aspecto que remite a la figura de Mari como “diosa neolítica”). Por su parte, el poblado medieval de Elorrio cuenta con una necrópolis vasca cuyas típicas lápidas de piedra grabada tienen las aguzadas formas del Anboto como telón de fondo.

En otro sector de la base de Anboto se encuentra erigido el santuario de Urkiola, dedicado a San Antonio, uno de los más importantes centros de peregrinaje católico en Biskaia. La proximidad con la morada de Mari contribuye a explicar los tintes de la devoción popular vasca, que vincula simbólicamente y ritualmente a la montaña y su santuario con la fertilidad humana. Tanto en la circunambulación del “meterorito”

frente al templo, como en las plegarias a San Antonio en el interior de la iglesia, queda plasmada la intención de “encontrar pareja”. Mientras tanto, el relato folclórico recuerda el magnetismo de Mari, que seduce a los pastores incautos que se acercan a su cueva.

Al tiempo que mantiene la cima del Anboto libre de cruces y otros signos de la religión cristiana, Mari logró trascender el estigma de “bruja” para convertirse en “una dama” y supo mantener una incuestionable vigencia en el imaginario colectivo del pueblo vasco, en pleno siglo XXI. El folclore traído a Sudamérica por los conquistadores, misioneros e inmigrantes europeos, permitió a Mari encontrar nuevas “moradas” al otro lado del Atlántico, en montañas y lagunas del norte argentino, donde sus rubios cabellos y su actitud seductora hechizaron también a los pastores andinos.

Moradora del Anboto, promotora de la fertilidad y hacedora de peligrosas tormentas, la ambivalente deidad femenina de las cimas sagradas vascas continúa siendo venerada, entre mitos antiguos y ritos modernos, como protagonista indiscutida del mundo sobrenatural de Euskadi.

Referencias citadas

Arana, Anuntzi. (1998). Storm Makers Mountain Divinities. *Zainak: Cuadernos de Antropología-Etnografía* 17: 229-242.

Bausani, Alessandro. (1956). Tracce di un arcaico essere supremo femminile nel folclore Basco. *Numen* 1956: 97-110.

Bradley, R. (2002). *An Archeology of Natural Places*. London: Routledge.

Ceruti, M.C. (2011). Montañas Sagradas en el País Vasco y su Mitología. *Mitológicas* XXIX: 27-46.

Ceruti, M.C. (2013). *Procesiones andinas en alta montaña. Peregrinaje a cerros sagrados del Norte de Argentina y del Sur de Perú*. Salta: EUCASA-Editorial Universidad Católica de Salta.

Ceruti, M.C. (2014). *Montañas Sagradas del País Vasco*. Salta: Mundo Editorial.

Ceruti, M.C. (2015). *El Camino de Santiago y las Montañas Sagradas de Galicia*. Salta: Mundo Editorial

Ceruti, M.C. (2017). El macizo Catinaccio y el lago de Antermoia: montañas sagradas y mitología ladina en las Dolomitas de Val di Fassa (Alpes del noreste de Italia). *Scripta Ethnológica* XXXIX: 67-85.

Ceruti, M.C. (2018). *Montañas Sagradas de los Pirineos*. Salta: Mundo Editorial.

Ceruti, M.C. (2019a). Practical spirituality and a journey with sacred mountains. En A. Giri (Ed.), *Practical Spirituality and Human Development* (pp. 495-509). Singapur: Palgrave-Mac Millan.

Ceruti, M.C. (2019b). El monte Circeo y otras montañas míticas de la región pontina (Latina, Italia). *Turismo y Patrimonio 13*: 177-189.
<https://doi.org/10.24265/turpatrim.2019.n13.12>

Ceruti, M.C. (2020a). La Ermita de Aizkorri, el Monte Aitxuri y el Santuario de Arantzazu: una mirada a la montaña sagrada en la territorialidad vasca. Ponencia presentada en el VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología. Montevideo (modalidad virtual), 23 al 28 de Noviembre de 2020.

Ceruti, M.C. (2020b). El macizo de Sciliar: brujas y hechiceros en un monte sagrado de las Dolomitas. *Histopía II* (10): 37-46.

Ceruti, M.C. (2020c). Monte Ucka y Santuario de Trsat: mitología, turismo y religiosidad popular en el norte de Croacia. *Turismo y Patrimonio 15*: 181-194.
<https://doi.org/10.24265/turpatrim.2020.n15.11>

De la Fuente, J. (1991). *Gorbea*. Zamudio: Federación Vizcaína de Montaña.

Echevarría, Evelio. (1988). *Leyendas de los Andes de Chile*. Santiago de Chile: edición del autor.

Everson, M. (1989). Tenacity in Religion, Myth and Folklore: the Neolithic goddess of old Europe preserved in a non-Indo-European setting. *The Journal of Indo-European Studies 1989*.

Garate, J. (1952). Un Diccionario Mágico Vasco. *Revista Príncipe de Viana 1952*.

Madina Beitia Dorado, Maite. (2014). *Coincidencias entre los mitos en relación a Hécate y la Señora del Anboto*. (pp 1-17). Manuscrito en poder de la autora.

Muro, Alberto. (1997). Parque Natural de Urkiola. *Hemeroteca Pyrenaica 1997*: 269-279.

Ortiz Oses, A. y Garagalza, L. (2005). *Mitología Vasca. Todo lo que tiene nombre es*. Donostia / San Sebastián: Editado por la Fundación Kutzka.

Sainz, Lorenzo y Rebeca, Claudia. (2014). Relatos y contrarelatos en torno al mito de Mari. *AusArt 2* (1): 295-313.

Ried Luci, Andrés. (2015). La experiencia de ocio en la naturaleza como fundamento de la construcción del sentido del lugar: Parque Natural de Urkiola. Bizkaia, Euskadi, España. *Revista de Geografía Norte Grande 60*: 215-237.

Figura 1- Ídolo zoomorfo en aldea de Durango (Foto: M.C. Ceruti)



Figura 2- Santuario de Urkiola y supuesto meteorite (Foto: M.C. Ceruti)



Figura 3- Nevera Antigua (Foto: M.C. Ceruti)



Figura 4- Cruces en mirador al la Sierra de Anboto (Foto: M.C. Ceruti)



Figura 5- Abrupto pico del Anboto (Foto: M.C. Ceruti)



Figura 6- Autora en la cima del Anboto (Foto: M.C. Ceruti)



Figura 7- Buzón con forma de tronco y hacha (Foto: M.C. Ceruti)



Figura 8- Fuente de aguas ferruginosas en las faldas del Anboto (Foto: M.C. Ceruti)



Figura 9- Ermita cerca de las minas de Atxarte (Foto: M.C. Ceruti)



Figura 10- Sierra de Anboto desde el llano (Foto: M.C. Ceruti)



Figura 11- Necropolis vasca cerca de Elorrio (Foto: M.C. Ceruti)

